

Se perdió porque quiso

CONTRACORRIENTE: ⇄

Juan Ramón Martínez



Nunca nadie había tenido a tantos llamándole la atención para que no incurriera en un delito, que no comprometiera su imagen; no alterara la estabilidad de su gobierno; ni le hiciera daño a Honduras, como el Presidente Zelaya. Sin embargo, nunca nadie ha exhibido tanta resistencia para oír y aceptar visualmente las señales preventivas que el ex gobernante hondureño que, aparentemente fuera de sí, ha seguido como un orate, camino hacia el desastre. Su caída, anticipada por su vocación por el irrespeto de la ley, el menosprecio de los intereses y deseos de Honduras y la sumisión a un gobernante como Chávez, fue el resultado de la pérdida de la paciencia de los hondureños y expresión del sistema jurídico que ha operado eficientemente en la protección de los amenazados intereses nacionales.

Este sistema, que fuera objeto del irrespeto y la ofensa continuada de quien tenía la obligación de respetarlo para ser un ejemplo de todos los demás, reaccionó oportunamente. Y cuando empezó a cometer el delito que el juez le había ordenado que no ejecutara, la Fiscalía General buscó la acción de la Corte Suprema de Justicia que ordenó a las Fuerzas Armadas su captura, en vista de su actividad delincuencial. Por manera que, aunque quieran torcer los hechos, aquí no se ha producido un golpe de Estado; ni mucho menos se ha violado la ley. Quien había incurrido en violación a la ley, quien había amenazado la existencia del estado de derecho, quien enfrentó y menospreció a los demás poderes del Estado; e incluso provocó la intervención de potencias extrañas en asuntos que son privativos de los hondureños, fue Zelaya. Las pruebas están allí. En sus declaraciones esperpénticas, en sus desplantes infantiles; e incluso en su abierta vocación por el aplauso externo --de Chávez, Correa, Morales y de los hermanos Castro-- es donde se puede encontrar los motivos por los que el sistema judicial, actuó en su contra, facilitando y urgiendo que el Congreso Nacional haya tomado la iniciativa de destituirlo de un cargo que no desempeñaba con la diligencia y la competencia debidas.

Muchos menosprecian a Honduras. No sólo los extranjeros. También muchos hondureños han perdido la confianza en su país, el respeto en sus instituciones públicas y la consideración por sus políticos. Zelaya, creyó que tenía que negarnos todo lo bueno que nos ha dado el sistema democrático en forma tal, que vía el desprestigio de nuestras instituciones, podía lograr el establecimiento de una institucionalidad similar a la de Venezuela, Cuba, Ecuador o Bolivia. Por ello, desde hace más de dos años, se comprometió en una función permanente para convencernos que el Congreso no servía para nada, que los partidos eran inútiles, llamados a morir en las próximas elecciones; y que requeríamos "matar" a la violada Constitución, para facilitar un sistema basado en la reelección continuada de los gobernantes. Es muy posible que haya tenido éxito en algunas cosas. Que muchos hayan creído que la solución de los problemas de Honduras está en manos de una nueva Constitución hecha a la medida de sus pretensiones. Otros, pocos por cierto, terminaron por creer que los problemas de la pobreza se resolverían cuando el gobierno fuera más grande y empleara a todo el mundo. En fin, no fueron pocos los que creyeron que se podía hacer una revolución, bajo la dirección de un ganadero derechista, tan sólo en la creencia que la bandera de la defensa de los pobres era suficiente para disimular sus faltas teóricas y sus incoherencias prácticas en el manejo de los asuntos públicos.

Pero resulta que, Zelaya y sus amigos --los que andan huyendo desesperados buscando la intervención externa para defender lo que no pudieron hacer con la valentía que corresponde; y sus asesores extranjeros que llegaron a establecer las mismas fórmulas que les han funcionado en otros países-- se confundieron, porque creyeron que Honduras era igual que Venezuela, Ecuador y Bolivia. Que los partidos se descascarían como árboles podridos. Y que la sociedad civil, bajaría la cabeza, comprometiendo el futuro de las y los hondureños de ahora y los del futuro. Los hondureños, tienen corajes inéditos superiores a esos países; y no estuvieron ni estarán dispuestos a entregar su soberanía personal, en manos de personas incompetentes que durante tres años de gobierno, no han podido mejorar el nivel de vida de nadie, ampliando la seguridad jurídica para que vía la inversión extranjera y nacional, mejoraran las opciones de empleo. Más bien, nos han dado más pobreza, han deteriorado la imagen del país y comprometido la seguridad jurídica, irrespetando la ley. Por ello, han perdido la legitimidad del mando y la fuerza moral para gobernarnos. Esa es la verdad. Lo demás son lágrimas de cocodrilo. E inventos de los que le quieren dar cuerda a Chávez, para que nos haga daño.